

INTERLUDIO SIETE - OCHO

Las evidencias demuestran que, entre 20.000 y 10.000 años antes de nuestra era, emergió en la evolución humana europea una especie claramente superior. Éste es el hombre de Cro-Magnon, el Homo Sapiens ...

Los hallazgos de huesos y artefactos que nos permiten concluir la existencia de estos seres humanos en tiempos primitivos, van en notable aumento de este a oeste, a lo largo de los valles de los ríos Guadalquivir, Tajo, Duero, Charente, Dordoña y Garona, todos afluentes del Atlántico.

Asumiendo que estos humanos fueran nativos de Europa, tales hallazgos deberían proliferar hacia el centro de Europa.

Sin embargo, lo que ocurre es exactamente lo contrario, ya que lo que allí predomina es el hombre de Neandertal, prototipo del verdadero europeo.

Por lo tanto, el hombre de Cro-Magnon sólo puede haber llegado desde el oeste, desde el Atlántico, por mar. Debe haber tocado tierra en las desembocaduras de los ríos, y remontándolos, entrado en el corazón de Europa.

[Otto Muck](#), Ingeniero y escritor austríaco, The Secret of Atlantis, Munich, 1954

PARTE OCHO, REPARACIÓN PRIMER MOVIMIENTO, NEGUBERRI

La comunidad de la Caverna del Sur pidió fuerzas a Elkar para afrontar el *neguberrri*.

Quise que Janequa dirigiera la celebración de Egu Niño. Limpiamos su túnica ceremonial, la que debimos entallar a su cuerpo más delgado. Le ayudé a bañar su piel agrietada con leche de cabra, y más tarde a arreglar y peinar sus cabellos. Por último coloqué en su cabeza la diadema de plata que me había regalado Zebensui.

Nos reunimos en ronda en el patio de entrada a recordar a nuestros muertos, a nuestras familias de vientre y a nuestros *klanak* de adopción. A pedirles inspiración y sabiduría para la enorme tarea que debíamos acometer.

Pedimos a los Dioses discernimiento para ser fieles a nuestros orígenes y leales al excelso legado del que éramos portadores. Para que nuestros vínculos, forjados en el crisol de las adversidades, adquirieran la fuerza suficiente para restaurar la convivencia atlanteana en un mundo desconocido y devastado.

Ainenfrau asistió a las oraciones, sintiéndose parte del grupo aun sin entender una palabra. Al finalizar, cuando hicimos silencio, ella tomó la flauta y entonó una música suave, serena, distinta a la canción triste que conocíamos.



Unos campos al sur descubrimos un grupo de árboles que había permanecido en pie, al amparo de un alto despeñadero. Aunque afectados por los incendios, no habían llegado a quemarse por completo y sus ramas estaban recuperando el follaje.

Abian evaluó que la madera era de buena calidad y podría ser utilizada en construcción de muebles y quizás de embarcaciones. Denominamos a aquellos grandes árboles con la palabra atlanteana "*arte*". Ainenfrau trepó con agilidad poco creíble a

uno de los gruesos troncos y avanzó por una rama hasta alcanzar unas bellotas, que fue arrojando sobre nosotros.

— Aigxe.— Nos dijo contenta al recoger la cosecha, tras descender del árbol tan rápido como había subido.

De regreso a la caverna nos detuvimos a inspeccionar unas hierbas de hojas largas acanaladas, muy abundantes en la zona. Cortamos con los cuchillos por la base hasta reunir un atado de esas hojas de puntas afiladas, con la idea de utilizarlas para trenzar fibras.



Etxekide inició el registro de las salidas y las puestas del sol, utilizando una estaca para determinar los mediodías. Aunque el frío continuaba siendo intenso, el calendario nos decía que recién había terminado el *uda*. Encomendé a Etxekide verificar con la observación del sol, si efectivamente nos hallábamos transitando el momento en que los días empezaban a ser más cortos que las noches.

Janequa y yo trabajamos en el trenzado de las fibras y logramos producir unos cintos muy resistentes, a los que llamamos *espartzu*. Cosiendo las tiras de *espartzu* como si se tratara de mimbre, fabricamos sogas, cestas y canastos que necesitábamos como reemplazo de los deteriorados implementos traídos de Atlantis.

Durante los días siguientes emprendimos otras excursiones, relevando la existencia de árboles en pie, trayendo muestras de ramas, cortezas y bellotas que nos permitieran distinguir los posibles usos. Fuimos aprendiendo que del árbol que llamábamos *arte* podríamos extraer la mejor madera, mientras que de otro que denominamos *artelatz*, podía aprovecharse su corteza gruesa y liviana para distintos usos. Otros, similares a abetos, tenían troncos altos y rectos que nos permitirían construir balsas. También había abundantes pinos de aromática resina, cuya madera blanda evaluamos de escasa utilidad. Volvimos a encontrar nogales que rebrotaban tras los incendios y las nevadas, así como variedad de arbustos, cuyas bayas y frutos fuimos presentando a Ainenfrau, para que ella resolviera si eran o no comestibles.

En una de esas excursiones nos sorprendimos al encontrar cerdos salvajes alimentándose de las bellotas. Los cerdos huyeron al vernos, pero el episodio nos incentivó a inventar un dispositivo de caza, un encierro hecho con estacas, en el que los animales podrían entrar pero no salir.

Ainenfrau hizo una preparación moliendo las bellotas hasta reducirlas a harina. Mezclándola con leche y hierbas, elaboró una extraña sopa fría de sabor amargo que bebimos con precaución, pero terminamos aceptando como una comida habitual.

Muchos de los árboles caídos y quemados en terrenos cercanos eran aprovechables como leña, pero no se hallaban en buen estado como para obtener tablones. Afrontábamos una dificultad muy grande para talar árboles, al no disponer de herramientas adecuadas, con la excepción de una sola hacha pequeña.

De modo que debimos ingeniarnos para reemplazar esas herramientas. Escogimos algunas piedras y rocas con bordes afilados, las que sujetamos con fuertes sogas de *espartzu* desde lo alto de los árboles, de modo que la piedra oscilara como un péndulo, rozando la parte baja del tronco, desgastándolo. Con ello logramos abatir un par de grandes árboles, lo que nos llevó casi una jornada de trabajo.

Nos insumió otra jornada encontrar una gran piedra de superficie curva y suspenderla con sogas desde distintos puntos, para hacerla balancear suavemente en una trayectoria corta, casi horizontal. Sometiendo a los troncos a la acción de aquel artilugio, obtuvimos algunos tablones toscos, mal pulidos, pero de enorme utilidad.

Con ellos trabajamos en los días siguientes en la construcción de mesas y cubas.

Una de las cubas estaría destinada a la producción de aceite vegetal y para ello debimos impregnar las uniones entre tablones con resinas de pino. Cuando el recipiente estuvo listo, iniciamos los ensayos para producir aceites de las diversas plantas y arbustos del entorno. Usamos para ello el bolso de equipaje de Nira y lo llenamos de semillas. Introdujimos la bolsa en la cubeta y con una piedra de base plana, comenzamos a triturar las semillas. Nos fuimos turnando porque la piedra era pesada y rápidamente se nos cansaban los brazos. Terminado el proceso de molienda, volcamos agua a la cubeta hasta cubrir totalmente la bolsa con las semillas machacadas. Agregamos más piedras ejerciendo peso sobre la bolsa y dejamos pasar una noche.

Al día siguiente, el aceite flotaba sobre el agua y era fácil extraerlo con una cuchara. Nos agradó especialmente el que obtuvimos a partir unos frutos verdes ovalados, que habíamos cosechado de un árbol de tronco retorcido, al que llamamos *olibo*.

Al mismo tiempo construimos una cuba grande, de un paso de lado, dejando pequeñas rendijas entre los tablones del piso. Y colocamos el conjunto sobre piedras, elevado unos dedos del suelo, lo que permitía colocar otro cajón de madera debajo.

Cuando estuvo pronto, llenamos la cuba de cenizas. Volcando pequeñas cantidades de agua por la parte superior, se recogía en el cajón inferior una sustancia oscura, pastosa, la que filtramos cuidadosamente con un cedazo.

Así obtuvimos el precioso líquido que necesitábamos. Lejía. Un potente ingrediente para limpiar platos, recipientes, ropa y alimentos. Pero la aplicación que más nos importaba de la lejía requería aun de otro trabajo. Otra cubeta de madera en la que mezclamos la lejía con aceite animal, para producir una pasta espesa que luego se calentaba en un caldero y, por último, se dejaba enfriar.

De ese modo fabricamos la ansiada crema para bañarnos, para quitarnos la suciedad y la fetidez que se habían impregnado en nuestra piel.

Para que nuestros cuerpos volvieran a oler como cuando estábamos en Atlantis.



Días después, Guaire y Janequa iniciaron los preparativos para marchar hacia la Grosejule, la gran caverna del norte.

Ellos tenían pendiente la alegría del reencuentro con los sobrevivientes, la felicidad de volverse a abrazar con los otros compañeros de expedición.

Ainenfrau no estaba en condiciones de actuar nuevamente de guía y todos preferíamos que ella no volviera a la Grosejule. Abian tampoco iría por motivos similares. Era desaconsejable que Etxekide interrumpiera sus observaciones astronómicas y, en mi caso, no deseaba volver a exponerme a una discusión con Txanona. De modo que

Janequa y Guaire viajarían solos al norte, ayudados únicamente por el mapa que habíamos confeccionado, sobre el que agregamos gran cantidad de anotaciones.

Partieron en la madrugada del octavo día después de Egu Niño, según las precisas estimaciones de Etxekide. Lo que era suficiente para que pudieran pasar unos días en la gran caverna y regresar a tiempo para trabajar con nosotros en las previstas siembras de estación.



En ausencia de Janequa y Guaire, estuvimos sobrecargados de trabajo. Había que ir por leña, pescar en el lago, ordeñar las cabras, montar el encierro para cazar cerdos, cosechar hierbas, bellotas y fibras, hervir grasa, moler semillas y bellotas para obtener aceite y harina, filtrar lejía y trenzar las fibras para producir *espartzu*.

El reducido rebaño de tres cabras adultas y dos crías, más las dos ovejas, iba a resultarnos insuficiente para nuestras necesidades de alimento y abrigo. Era de gran importancia hacernos de más animales y para ello, teníamos una idea muy simple. Repetir la farsa que había tenido tanto éxito en el anterior encuentro con los pastores.

Primero debíamos hallar a los pastores y sus rebaños. Por lo que le pedí a Etxekide que trasladara su punto de observación a lo más alto de la montaña que teníamos un par de carreras al norte. Desde allí se abarcaba un amplio panorama hacia el valle del Guadaki-ibai, lo que permitiría detectar columnas de humo de los pastores. Ello traía como contrapartida no poder contar con Etxekide en la caverna durante las mañanas y parte de las tardes.

Afortunadamente no pasaron muchos días hasta que volvió con la noticia de que un grupo de pastores se acercaba por el valle.



Rápidamente montamos la operación. Era imperioso hacerlo antes de que el sol perdiera altura. Cargando los atavíos y el espejo, marchamos hacia el encuentro de los pastores.

Era un grupo de unos diez, entre mujeres, hombres y niños, reunidos en torno al fuego.

Esta vez no había una colina, por lo que Etxekide debió esconderse con el espejo atrás de unos árboles caídos. Cuando todo estuvo dispuesto para la representación, me acerqué furtivamente hasta una distancia de apenas veinte pasos, vistiendo la túnica blanca hasta el piso y cargada de joyas, iluminada por el reflejo artificial del sol manejado por Etxekide.

La sorpresa de los pastores fue enorme. Al principio se asustaron, pero de inmediato mis palabras en su idioma los tranquilizaron.

— Sava zeita mama.— Enuncié en mi tono más solemne.

— Sava zeita mama.— Respondieron ellos, postrándose.

Hasta este punto, todo había resultado más fácil de lo previsto. Recién entonces me di cuenta que podría hacerme de los animales si los pastores no tenían la iniciativa de ofrecérmelos. No podía arrearlos y desaparecer. Sólo sería posible llevarme las ovejas

que tuvieran sogas a modo de collar. Los nativos me contemplaban atónitos, estáticos. Entre ellos, me crucé con la atractiva mirada de un hermoso joven de unos quince años de edad.

— Sava zeita mama.— Repetí para ganar tiempo.

Revisé el rebaño. Solamente dos cabras y tres ovejas estaban atadas, en un total de unos veinte animales, una de ellas sostenida por una niña que me observaba con ojos aterrados. No podía esperar a que reaccionaran del modo esperado. Quité entonces una pulsera de plata de mi brazo y la deposité en el suelo. Los pastores no se inmutaron por mi ofrenda y no se me ocurrió otro gesto para explicar mi intención.

Lentamente caminé hacia los animales, el resplandor del espejo transparentando mi túnica. Con mi *esku-erra* sujeté una de las ovejas, pero el animal no quiso someterse. De un tirón se liberó de mi mano y se apartó corriendo. La inquietud fue tomándome y empecé a transpirar. Di dos pasos hasta lograr atrapar a otra oveja y me dispuse mentalmente para una vergonzosa retirada de escena. Los pastores susurraron algunas palabras. Retrocediendo, arrastré conmigo a la oveja, que afortunadamente no puso resistencia. Fui acercándome al escondite de Etxekide hasta que él tuvo la astucia de sujetar al animal sin ser visto.

Alcé los brazos para despedirme de los nativos. De un salto estuve oculta tras los arbustos. Recogiendo la falda de la túnica hasta la cintura, seguí a Etxekide en una bochornosa huída.

Recién cuando estuvimos a un par de campos de distancia nos detuvimos. Pese al frío, estábamos cubiertos de sudor y debimos tomarnos un tiempo en recuperar la respiración. Empezaba a lloviznar.

— En la Plaza de Intercambio de Sexta...— propuso Etxekide jadeando — hubiéramos tenido mejor suerte.

Me reí de su ocurrencia.

— Sí, por una pulsera de plata, seguramente doce ovejas.

— Y por la puesta en escena y la actuación ?

— Tengo que admitir, mi amor, que esta vez la actuación no fue muy buena.

Volví a vestirme con las pieles. Soportando la lluvia, iniciamos el descenso por el sendero rocoso, llevando de arrastre a la oveja.

No advertimos en ese momento que alguien venía detrás de nosotros.



Abian nos recibió alborozado. Con una alegría infrecuente en él, nos informó que un cerdo salvaje había entrado en el encierro y se hallaba atrapado en el estrecho corral.

Aunque empezaba a oscurecer, teníamos que ir a verlo. Nos felicitamos al verificar que el maloliente animal continuaba allí, sin chance de escapar, comiendo las bellotas que Abian le había arrojado. Su porte era mediano, pero no teníamos urgencia en matarlo.

Podíamos darle alimento durante varios días para engordarlo, quizás hasta el regreso de Janequa y Guaire.



La mañana siguiente, desayunamos la acostumbrada leche de cabra, acompañada de una novedosa preparación. Etxekide había mezclado la harina de bellota con agua y aceite vegetal, para producir una masa que, expuesta al fuego, resultó en algo similar a unas galletas duras y algo insípidas, que saboreamos como si se tratara de un manjar.

Tras el desayuno, me propuse ir sola al lago con la intención de cosechar cangrejos.

Al salir de la caverna, tropecé con un canasto y caí al piso, raspándome las rodillas. Al incorporarme, mascullando insultos a mí misma por la torpeza, noté que algunas de las frutas de *olibo* del canasto, se habían volcado en la cubeta de lejía. Recogí las demás frutas del piso, aparté el canasto del camino y con malhumor emprendí la marcha hacia el lago.

En el trayecto alcancé a ver varios conejos. Hacía veinte días que el sol había vuelto a brillar y todavía no nos acostumbrábamos a la visión maravillosa, reconfortante, de los animales corriendo y saltando entre las flores. Ello fue suficiente para disipar mi enfado.

Llevaba conmigo una cesta de *espartzu*, que había tejido mientras intentaba enseñar la técnica a Ainenfrau. Aunque la mujer del hielo había puesto atención en mis movimientos, no había logrado reproducirlos, evidenciando una llamativa falta de habilidad con los dedos. Más extraño aun, teniendo en cuenta que esos mismos dedos peludos eran capaces de danzar con agilidad extraordinaria sobre las perforaciones de la flauta para producir música.

Los malos presagios de Txanona volvían con frecuencia a mi recuerdo, a molestarme, a atormentarme:

" Te imaginas, Itahisa ? Bebés peludos que tendremos que alimentar y cuidar. "

Cómo sería el bebé que crecía rápidamente en el vientre de Ainenfrau ? Estaría cubierto de pelos rojos como su madre ?

" Aprenderán ellos a hablar nuestro idioma o emitirán esos ladridos que les enseñará su madre ? "

Y ella no era capaz de aprender una tarea tan simple como trenzar *espartzu*.

" Serán capaces esos enanos de entender nuestra Religión o adorarán a los lobos como los hombres del hielo ? "

No había sacerdotisas en la expedición a Lubarnea. No había sacerdotisas entre los sobrevivientes. Quién iba a dictaminar los designios divinos ? A quién le correspondía presidir las celebraciones ? Quién sería capaz de comunicarse con los Dioses ?

" Puedes imaginarlos remando, cuando ni siquiera alcanzarán la estatura de un niño atlanteano de diez años ? "

Qué hacíamos allí, viviendo como trogloditas, sin embarcaciones ? Hasta tanto no volviéramos a navegar no seríamos fieles a nosotros mismos. No seríamos merecedores del glorioso legado de Atlantis.

" No estamos en situación de consumir nuestros escasos recursos en una tarea tan estéril ."

Quién había sido capaz de curar a Janequa ? Quién había tenido la insólita idea de impregnar las vendas en un hormiguero ? Quién la estrafalaria ocurrencia de introducir larvas en una herida putrefacta ?

Me distrajo un chasquido de ramas a mi *eskuerra*.

Serían conejos ? Me hallaba próxima al lago donde una vez, previo al desastre, habíamos montado un toldo para guarecernos de la lluvia. Me detuve aguzando el oído, examinando el paisaje de árboles caídos, la mayor parte de ellos carbonizados y pocos reverdeciendo en tímidos brotes.

Transcurrido un instante sin que nada llamara mi atención, avancé los pasos que me separaban del lago. Sumergiendo apenas mis pies en la orilla barrosa, me concentré en la búsqueda de cangrejos.

En poco tiempo, logré capturar dos ejemplares de gran tamaño. Quizás podríamos hervirlos y hacer una sopa.

Fue entonces que escuché claramente el balido de una cabra. Me incorporé desconcertada. Cómo había llegado una de nuestras cabras hasta allí ? Sería una de las crías de Gorkara ? Pero lo más raro era que la cabra fuera invisible, que estuviera inexplicablemente oculta en un sitio muy cercano.

Anduve por la orilla hacia el supuesto origen del sonido. En un recodo, detrás de un gran tronco caído, me sobresalté al encontrar a un pastor agachado, abrazando con fuerza a un cabrito de pelaje negro contra su pecho.

Él se impresionó más que yo, al ser descubierto. De inmediato lo reconocí. No era otro que el joven cuya atractiva mirada me había distraído por un instante durante mi embarazosa actuación del día anterior.

Aquellos magníficos ojos marrones me recorrieron encendidos de admiración, mientras el muchacho se inclinaba hacia el piso, reverenciándome, sosteniendo al hermoso animal que pugnaba por escaparse.

Una incómoda vergüenza transitó por mi cuerpo al percatarme que él me estaba viendo con sucias pieles de lobo en vez de mi espléndida túnica ceremonial, sin lucir mis joyas, con el cabello recogido y los pies embarrados.

Pero al muchacho, todo esto parecía no importarle demasiado.

— Sava zeita mama.— Pronunció en otra reverencia.

Esperé que volviera a mirarme, deleitándome con el brillo atrevido de sus ojos y contemplando su cabello negro enrulado, su pequeña nariz, sus interesantes labios entre los que se adivinaban los dientes perfectamente blancos.

— Me llamo Itahisa.— Le dije, posando mi mano abierta sobre mi pecho.

Él se fijó en mis curvas, embelesado, abriendo su boca sin decir una palabra.

— Me llamo Itahisa, cuál es tu nombre ? — Insistí extendiendo mi brazo para ayudarlo a levantarse.

El joven pastor se paró, sin dejar de mirarme. Cualquier varón atlanteano de quince años me superaría en estatura, pero él era de mi altura, quizás un dedo menor.

— Sunt ... un ... baiá.— Murmuró.

— Así te llamas ? Suntumbaiá ?

— Suntum baiá.— Repitió sin mucho convencimiento.

— Hola Suntumbaiá.— Le ofrecí mi mano.

Él acercó la suya cauteloso. Sentí una vibración cuando sus dedos tocaron los míos. Por un instante le permití acariciar mi mano. Luego la retiré. El joven estiró sus brazos, ofreciéndome el pequeño animal que traía consigo.

— Atxeasta iestre petrutine.— Afirmó con timidez.

— Es para mí ? — Pregunté sorprendida, complacida por el inesperado regalo.

— Atxeasta iestre petrutine.— Corroboró asintiendo con la cabeza.

— Muchas gracias, Suntumbaiá, eres muy amable.

Tuve el impulso de expresar mi agradecimiento a aquel hermoso muchacho. No lo dudé un instante. Acercándome, lo tomé del hombro y le di un rápido beso en la mejilla.

La expresión de felicidad en su rostro me resultó graciosa. Contuve mi tentación de volver a besarlo y le di la espalda. Aferrando al cabrito con un brazo, recogí el cesto con los cangrejos y me alejé, riéndome en silencio.

Cuando miré atrás, había desaparecido.



— Has descubierto algo ?

Etxekide cotejaba sus mediciones de la altura del sol contra un lienzo en el que se veían gran cantidad de líneas curvas.

— Algo de qué ? — Contestó sin apartar sus ojos del dibujo.

— Algo inusual, algún cambio.

— Te refieres al movimiento del sol y las estrellas ?

— Sí.

Él suspiró. Cuidadosamente plegó el lienzo y lo guardó dentro del envoltorio de tela.

— No he notado algo distinto, Itahisa. Las elevaciones e inclinaciones del sol corresponden exactamente a las de inicio del *neguberri*.

— Como si estuviéramos en Sexta ?

— Un poco más al norte. Como si estuviéramos en Zazpir.

— En Zazpir nunca hizo este frío a principios del *neguberri*.

Etxekide meditó un instante.

— Es cierto. Nunca hasta este año.— Aceptó con una mínima sonrisa.

— Y no tienes una explicación para ello ?

— Tu pregunta es por qué tenemos este frío tan cruel ?

— Sí.

Etxekide acarició por un momento su barba, haciéndome suponer que había esbozado una explicación que no terminaba de convencerle.

— La Tierra ...

— Te escucho.

— La Tierra parece estar ... alterada. Los mares, las nubes, los vientos, todas esas cosas intervienen para que haga calor en *uda* y frío en *negu*.

— Entiendo eso perfectamente. Mi preocupación es otra.

— Cuál ?

— Tenemos una alteración que lleva ya más de sesenta días.

— Sí. Sesenta más diez.

— Estamos empezando el *neguberri* ...

— Sí. Las noches ya son más largas que los días.

— Lo que necesitamos saber, querido Etxekide, es cómo será el *negu*. Si las cosas están alteradas y estamos pasando frío, qué podemos esperar del *negu* que se aproxima ? Será todo al revés y tendremos días cálidos ? O debemos prepararnos para sufrir nuevamente largos días de encierro, impedidos de salir de la caverna porque afuera hay dos pasos de nieve ?

Mi compañero fingió estar aturdido por mi interrogatorio.

— No podemos saberlo, *guahira*.

— Necesitamos saberlo, *txetxé*.

Etxekide sonrió. Que yo utilizara el apelativo *txetxé* (niño en atlanteano) era infrecuente, pero cariñoso.

— Si tengo que hacer una predicción ...

— Eso ! — Hice el gesto de aplaudir.

— Te diría que debemos prepararnos para un largo, riguroso, e insoportable *negu*.

En mi pecho se hizo un nudo. La perspectiva de volver a estar encerrados me aterraba. El pronóstico de Etxekide acarreaba una gran cantidad de implicancias. Propósitos que deberíamos postergar. Y tareas obligatorias para los días venideros.

— Gracias, mi amor, eso es lo que quería escuchar.— Mentí.



La principal preocupación era la preparación de los cultivos. Contábamos con escasas semillas traídas desde Atlantis y nos afligía la incertidumbre sobre cuáles germinar. Estarían las semillas en buen estado ? Cuáles plantas serían capaces de crecer en un clima tan frío ? No podíamos arriesgarnos a arruinar los cultivos, si la predicción de Etxekide se cumplía y teníamos por delante heladas y nieve.

Añorábamos el sabor de las frutas, hortalizas y otros vegetales de nuestra tierra. Las papas, los tomates y el aguacate. Las papayas y las bananas. El maíz. Cuánto extrañábamos el maíz ! Hervido o tostado al fuego. La harina del maíz en las tortillas y los panes. Y la malta del maíz para endulzar las comidas o como ingrediente principal de la cerveza.

El problema era lo imprevisible de los fríos. Resolvimos entonces confeccionar cajones lo suficientemente grandes para servir como canteros de cultivo y lo suficientemente pequeños para ser transportables hacia la caverna, en caso de que las heladas afectaran a las plantas.

Fuimos volcando en ellos los residuos vegetales y las lombrices que habíamos traído de Atlantis que, increíblemente, habían sobrevivido. Agregamos a los canteros tierra negra de los suelos incendiados al tiempo que poníamos a germinar unas pocas, en extremo valiosas, semillas de maíz.



Aquellos primeros días del *neguberry* fueron de mañanas frescas, tardes agradables y noches cruelmente frías y húmedas.

Permanecíamos casi toda la jornada con los abrigos de piel de lobo, que ya resultaban la indumentaria habitual y el aspecto acostumbrado. Las tardes que no llovía, el aire nos daba un intervalo de tibieza para darnos un baño y ventilar las pieles.

Una de esas tardes aproveché a dar un paseo con los tres pequeños cabritos. En las proximidades del lago me despojé del abrigo, y me recosté en un tronco caído a disfrutar de la tibieza del sol y la belleza de la naturaleza retoñando. Pequeñas flores lilas y amarillas emergían en profusión del suelo quemado. Sobre ellas aleteaban mariposas blancas, zumbaban las abejas y saltaban minúsculos pájaros de pecho dorado.

Reclinada en el tronco, cerré los ojos, saboreando las caricias del sol, que fui permitiendo alcanzar mi torso, desanudando de a uno los cordones de la *brusa*.

Cuando volví a abrir los ojos, él estaba allí, de pie frente a mí, sus llamativos ojos marrones encendidos de deleite.

— Hola Suntumbaiá.— Me incorporé y le ofrecí la mano en gesto amistoso.

Él reaccionó torpemente, como si la contemplación de mi escote debilitara sus fuerzas.

— Zeita, Itahisa, zeita.— Pronunció con dificultad cuando lo invité a sentarse a mi lado.

Recién en ese momento advertí que llevaba un morral de lana colgado de su hombro. Pero lo que me causó asombro fue que dentro del bolso algo parecía moverse.

— Qué traes ahí ? — Señalé.

El muchacho aflojó el lazo del morral y extrajo del interior un extraño animal, similar a una mustela o comadreja, pero más elegante, de largo cuello y gruesa cola, cabeza pequeña y pelaje brillante, blanco y negro. Me lo entregó con una reverencia como lo había hecho con el cabrito días atrás.

— Dijore suntbune pentru iepu rivinoatoare.— Intentó explicarme.

Llevé el animal contra mi pecho, y acaricié el lustroso y suave pelaje de su lomo.

— Gracias otra vez, eres encantador, Suntumbaiá.— Dije, divertida, mientras la mustela intentaba dar mordiscos a mi dedo.

— Dijore suntbune pentru iepu rivinoatoare.— Repitió mi joven admirador.

— Sí, sí, está claro. Rivinoatoare.— Acepté sin entender una palabra.

— Nudegú samuxte.— Acotó él, con aire de entendido.

— Sin dudas, te mereces un beso.— Continué el ridículo diálogo.

— Ieste oxertfa petru zeita.— Agregó el muchacho, mostrando su bella sonrisa.

Resolví dar por terminada la imposible conversación. Parándome frente a él le di un beso en cada mejilla, disfrutando de su fascinación. El roce de labios me provocó un acaloramiento que hacía mucho tiempo que no sentía. La proximidad de sus aromas masculinos y el deseo instalado en sus ojos, hicieron regresar a mi cuerpo sensaciones perdidas.

Qué riesgos comportaría relajar mis impulsos ? Cómo explicarle al joven pastor que supuestamente me hallaba en mis días fértiles ? Ofrecerme traería complicaciones a futuros encuentros con su gente ?

Tomé sus manos y besé con delicadeza sus nudillos. Él sonrió complacido, sin disimular un leve temblor. Di un paso atrás para tomar distancia.

— Vas bien, pastorcito, no desistas que vas bien.— Pensé en voz alta,

— Imiplatxe, zeita Itahisa. — Respondió embelesado.

Me divertí jugando con su incapacidad de descifrar mis bendiciones.

— Continúa haciéndome regalos, Suntumbaiá, que Zeita Itahisa tendrá un lindo regalo para ti.

— Zeita Itahisa.— Repitió el joven, encantado.

Tras despedirme de mi admirador, regresé a la caverna seguida por los tres cabritos y llevando a mi nueva mascota dormida, acurrucada entre mis pechos.

Entre mis pechos, también, se anidaba una desacostumbrada sensación de felicidad.



Cuando estaba por oscurecer, los vimos acercándose. Eran cuatro.

Etxekide fue el primero en notarlo y dio el aviso. Al norte, cuatro personas descendían el sendero pedregoso y, sin dudas, eran de los nuestros. Janequa y Guaire estaban de regreso, pero no venían solos.

Abian hizo sonar el colmillo de elefante y a la distancia los brazos se agitaron, respondiendo al saludo.

— Son Guadarteme y Oihane, me parece.— Anunció Etxekide,

— Estás seguro ? — Disimulé la enorme alegría que la visita de nuestros amigos de Sexta me provocaba.

De improviso, mi compañero ensayó unos absurdos y ostentosos pasos de baile, y luego se detuvo, ante la mirada estupefacta de Ainenfrau.

Unos seis campos al norte, los dos acompañantes de Guaire y Janequa, reprodujeron la peculiar danza, de un modo aun más exagerado.

Era la prueba concluyente de que Oihane y Guadarteme eran los visitantes.

Corrimos a darles la bienvenida. Ambos lucían mejor aspecto que veinte días atrás, recuperada la tersura de la piel y repuestos los físicos, aunque sus cabellos seguían apretujados y pringosos.

Di un largo y apretado abrazo a Oihane y apabullé a besos a Guadarteme, antes de hacer lo propio con Guaire y Janequa.

— Qué bien huelen ustedes ! No parecen trogloditas como nosotros.— Festejó Guadarteme riendo.

— Somos trogloditas, pero pulcros.— Etxekide hizo el gesto de quitar unas briznas de su abrigo de piel.

— Cuánto tiempo se quedarán ? — Quise saber.

Oihane se encogió graciosamente de hombros.

— Cuando se aburran de nosotros, nos iremos.

— Eso de ninguna manera. Pueden quedarse todo lo que deseen.

Oihane volvió a abrazarme y me susurró al oído.

— Tendremos que regresar en pocos días, venimos como emisarios.

Entendí que no era momento de averiguaciones.

— Justamente estábamos necesitando brazos para construir un horno.— Celebré en tono socarrón.

— Perfecto. Empezamos ahora ? — Respondió Guadarteme, fingiendo no estar cansado por cuatro jornadas de caminata.

— Ves esas piedras de ahí ? — Siguió el juego Etxekide.

Nos reímos de sus actuaciones, al tiempo que recogíamos los equipajes para alivianar el breve trayecto hasta la caverna.

En el camino, interrogué con gestos a Janequa sobre cómo habían pasado en la Grosejule y recibí de su mirada señales ambiguas.

Era evidente que eran portadores de noticias espinosas.



Calentamos sendos calderos de agua para que nuestros huéspedes pudieran tomar un baño reparador y lavar sus cabellos con crema de lejía.

Más tarde, mientras preparábamos la cena, Oihane y Janequa me introdujeron acerca de lo ocurrido.

No había habido problemas de convivencia. Todo lo contrario. Janequa y Guaire habían sido recibidos con cariño y agasajados de la mejor forma por la comunidad de la caverna del norte. Ellos daban por obvio que nosotros abandonaríamos nuestro lugar e iríamos a vivir en la Grosejule, ya que no seríamos capaces de realizar solos la cantidad de complejas tareas que implicaba la subsistencia. Y que junto con ello, renunciaríamos a la insensata idea de cohabitar con Ainenfrau. Los tímidos intentos de Guaire y Janequa de poner en duda ese pronóstico habían sido acallados con ironías y descrédito.

Txanona le había encomendado a Oihane comunicarnos unas bases de acuerdo, o requisitos para la reunificación, a los que debíamos someternos.

Aunque aquello ya me había caído pesado, quise saber cuáles eran esos requisitos.

— En primer lugar, aceptar que no tendremos relaciones con pastores ni con hombres del hielo.

Me imaginé el gesto adusto de Txanona dictando sus instrucciones a Oihane. La imagen viril de Suntumbaiá se presentó fugazmente en mi memoria.

— Empezamos mal.— Comenté.

Janequa me observaba con preocupación, conocedora de lo que estaba por venir.

— En segundo lugar, — prosiguió Oihane — suspender las prevenciones en días fértiles para quedar embarazadas lo antes posible.

No supe si reír o lamentarme de esta insólita proposición. Hice un esfuerzo para contener la amargura.

— En tercer lugar ? — Pregunté, simulando interés.

— En tercer lugar, Itahisa, la unificación implica reconocer un liderazgo. Txanona es la líder de la caverna del norte, en la que habemos diez *hamazortzi* y una *maisú*. Tú eres la líder de esta caverna, en la que hay cinco sobrevivientes. Resulta sensato que Txanona sea la Sacerdotisa Nominada.

Aquello terminó de fastidiarme.

— La qué !

Oihane esperaba mi reacción y le causó gracia mi expresión de molestia. Luego continuó.

— Alguien debe cumplir las funciones de sacerdotisa, aunque ninguna haya realizado los estudios necesarios. Además ...

— Ya he escuchado suficiente. Oihane, tú y Guadarteme son bienvenidos y pueden quedarse cuanto quieran. Al regreso, díganle a vuestra líder y pretendida sacerdotisa, que mis respuestas son éstas: De ninguna manera, de ningún modo, y jamás. He sido clara ?

— Itahisa, por favor, no te enojas. Podemos ... hablarlo ?

— No me digas, Oihane, que apoyas esa sarta de estupideces.

— No importa si las apoyo o no. Me interesa que tengamos una única comunidad. Creo que sería lo mejor para todos. No estoy conforme con que estemos separados en dos cavernas, a cuatro jornadas de distancia. Tú entiendes eso, verdad ?

— Lo entiendo. Pero si esas son las condiciones, aquí nos quedaremos.

— Solos ? Ustedes cinco y la mujer del hielo ?

— Sí. Nosotros seis. Con las siete cabras, las tres ovejas y la mustela. Y el cerdo que estamos engordando.

— No te parece un desatino que ustedes deban afrontar solos las tareas de cortar árboles, fabricar tablones, trenzar sogas, filtrar la lejía, ...

— No nos está yendo mal. — La interrumpí con brusquedad.

Oihane hizo una pausa y resolvió intentar por otro lado.

— Cuáles serían tus condiciones ?

No había pensado en ello. Simplemente las reglas de Txanona me resultaban intolerables. Respondí sin pensarlo.

— Las mujeres atlanteanas, querida Oihane, no podemos admitir que se nos limiten los amantes, ni que se nos obligue a tener hijos. Tomaremos varones a nuestro antojo y quedaremos embarazadas a nuestro antojo.

— En Atlantis teníamos restricciones, Itahisa.

— Eran irrelevantes. Qué importa una ciudad en siete ? El problema es que Txanona viene de una tradición distinta, excepcional. Tanto ella como su amiga Iulen, están acostumbradas a someterse a reglas en sus camas. Para ellas es natural, pero no para nosotras. Y nos quieren imponer a todas esas restricciones.

— No crees que nos hallamos en una situación excepcional ?

— Sí creo.

Oihane resopló su propio disgusto.

— Entonces ?

— Entonces, estamos discutiendo sobre qué bases reconstruir nuestra tradición. Debemos renunciar a algunas cosas? Sí, estoy de acuerdo. El problema es a cuáles. Limitar nuestra libertad de elegir hombres porque son nativos de este continente ?Cuál es la razón ? Qué ganamos con ello ? Sí me queda claro lo que perdemos.

Janequa y Oihane sonrieron ante mi última afirmación.

— Yo pienso que deberíamos nominar a una Sacerdotisa.— Intervino Janequa.

— Pues, yo no. Qué ganaríamos con ello ? — Respondí secamente.

— Al menos, celebrar juntos las fiestas del Calendario.— Intentó explicar.

Miré a los ojos a Janequa y procuré ser delicada.

— Tú sabes mejor que yo, que la condición de Sacerdotisa requiere de la condición de Doctora. Vamos a renunciar a ello ? Vamos a nombrar Sacerdotisa a una *maisú* de cuatro ciencias ? Ese es el modo de ser leales a nuestra tradición ? Tú perfectamente podrías dirigir las ceremonias, Janequa, lo has hecho muy bien hace unos días. No se necesita una farsa de nominación.

Oihane me observaba fijamente, la aflicción marcada en su rostro.

— Tu respuesta, Itahisa, es no, no, y no. Es eso lo que quieres que transmita ?

— Exactamente.

— Podrás pensarlo estos días ? Podrás hablarlo con Etxekide ?

Tuve el impulso de ser sarcástica, pero me contuve. Oihane no se merecía mis palabras hirientes.

— Está bien. Pero no creo que cambie de opinión.

— Te lo agradezco, Itahisa.



En la *Eskuela* de Construcción habíamos aprendido a fabricar hornos con adoquines. Se presentaba en primer lugar una estructura de tablas, y sobre ellas se colocaban las piedras, apenas desencontradas, hasta que el conjunto quedaba trabado en la parte superior. Se cubría luego con cal y barro, y al encender el fuego por primera vez, las maderas eran consumidas.

Pero no disponíamos de adoquines, ni de cal, ni de abundancia de tablas. Existía la opción de hacer un horno enteramente de barro para cocinar, pero no sería útil para producir ladrillos o cerámicas, ni para obtener cal a partir de piedra caliza.

De modo que tuvimos que recurrir a un diseño totalmente diferente, basado en piedras irregulares. La losa más grande sería el techo del horno, que debería apoyarse sobre pilas de piedras más pequeñas.

La tarea nos insumió una jornada porque afortunadamente pudimos contar con los brazos de Oihane y Guadarteme. El resultado fue una construcción tosca, torcida y desagradable de aspecto, que no obstante nos dejó satisfechos. Posteriormente cubrimos con barro los intersticios entre las losas y dejamos secar

Recién al quinto día de la visita de nuestros amigos de Sexta, alimentamos el horno con leña de *arte* hasta que obtuvimos calor suficiente para realizar algunos ensayos. Utilizamos la pala de bronce para manipular un recipiente de piedra ahuecada y depositamos el material fundido en arena, para filtrar las escorias. De este modo obtuvimos una pequeña cantidad de cal, aunque de mala calidad. También horneamos una vasija de cerámica, algo grotesca, pero definitivamente útil.

Esa tarde los varones mataron al cerdo salvaje que teníamos atrapado en el corral. Envolvimos sus patas traseras en cestas de *espartzu* para dejarlas secar a la entrada de la caverna y cocinamos el resto del animal en el horno de piedras.

Por la noche celebramos el gran logro de tener el horno funcionando y despedimos a Guadarteme y Oihane, que emprendían al día siguiente el regreso a la Grosejule.



Cuando los vimos alejarse, cargados de bultos con regalos para los sobrevivientes del norte, me invadió el pesar.

Volvíamos a estar solos los seis para acometer todas las tareas. Echaríamos de menos las risas de Oihane y los modos jocosos de Guadarteme. Debido a mi decisión de rechazar las condiciones, permaneceríamos separados de la comunidad hermana de la Grosejule.

Etxekide y Abian habían sido rotundos en el apoyo a mi resolución. Guaire y Janequa habían mostrado dudas, pero sin llegar a oponerse. Los emisarios regresaban portando lo que, para ellos, eran pésimas noticias. La negativa absoluta de nuestra parte a aceptar los requisitos propuestos por Txanona.

Janequa y Oihane me habían dado pocos indicios para explicar lo que más me intrigaba. Cómo había logrado mi amiga de la infancia erigirse en líder indiscutida de la caverna del norte ?

Según Oihane, le debían a Txanona el estar vivos. Ella había actuado con audacia en la toma de la caverna, había tenido la valentía de ingresar a una cueva habitada por los hombres del hielo, desoyendo las recomendaciones de Tinabuna. Y de no haber ocupado la Grosejule, todos estarían muertos.

Oihane se había mostrado elusiva ante mi curiosidad sobre el motivo que había llevado a los hombres del hielo a retirarse, justamente el día previo al desastre. Janequa me sugirió una posible explicación a partir de conversaciones que había tenido con los sobrevivientes del norte. Ellos le habían contado que Txanona había matado dos lobos. Una loba y su pequeña cría. Janequa se apoyaba en ese hecho para hacer su conjetura. La impresión que debía haber causado en los hombres del hielo, podría haber sido suficiente para motivar su alejamiento.

La suposición de Janequa me resultó creíble, aunque no concluyente. Restaban cosas por esclarecer. Asumiendo que Txanona había sido la principal responsable de la toma de la caverna, ello no la habría colocado por encima de Tinabuna, la más sabia y avezada, trece años mayor, directora de la expedición.

Tinabuna hubiera tenido legitimidad evidente para ser la líder de los sobrevivientes. Tenía sobre nosotros una autoridad preestablecida. Ella era la portadora de las técnicas secretas de Atlantis.

Pero el desastre había causado estragos en ella. Su mente se hallaba confusa. Su espíritu devastado como los valles del Tartessos. Y su físico endeble como una hoja de *espartzu*.



Varias veces fui sola al lago, con la intención de hallar a mi admirador, queriendo recibir más regalos y regocijarme con el brillo de su mirada.

Pero el hermoso joven no volvió a aparecerse. Lo que fue incrementando el deseo de verle y la consiguiente frustración por no encontrarlo.



Las semillas de maíz empezaron a germinar en los cajones de tierra, porque tuvimos la precaución de entrarlos durante las noches, para volver a llevarlos al sol cada mañana.

Los frutos del *olibo* que por accidente habían caído en el recipiente de lejía, resultaron prodigiosamente sabrosos. Se nos ocurrió probarlos tras haber estado varios días sumergidos en lejía, y notamos que la pulpa había perdido la acidez y la dureza. De modo que repetimos el procedimiento, esta vez intencionalmente, para verificar que luego de unos quince o veinte días de curado, aquellos frutos ovalados se convertían en un exquisito bocado que fuimos agregando a las comidas.

Pero este no fue el único descubrimiento ocurrido por accidente.

Ainenfrau nos enseñó a cosechar de otro árbol unos deliciosos frutos dulces, y a dejarlos secar al sol para obtener pasas, aun más gustosas. Mientras Abian trepaba a uno de esos árboles, estuvo cerca de caerse cuando una rama no soportó el peso del gigante y se quebró. Guaire se hallaba debajo, bebiendo tranquilamente una jarra de leche de cabra. De la rama quebrada cayeron espesas gotas de resina, casualmente en el rostro de Guaire y dentro del jarro de leche, lo que motivó un jocosos intercambio

entre los dos varones. Cuando Guaire intentó retomar su bebida, ésta se hallaba cuajada. El líquido se había transformado en una masa pastosa.

De inmediato supimos que estábamos ante un importante hallazgo. Drenamos la pasta con un cedazo y luego la calentamos revolviendo continuamente. Después la volcamos en otro jarro para dejarla enfriar y, por último, la colocamos en un pequeño cesto de *espartzu*. Dejamos transcurrir unos días hasta que la pasta obtuvo cierta dureza, antes de probarla.

El resultado fue maravilloso. Habíamos encontrado el modo de cuajar leche para producir queso de cabra.



Abian y Ainenfrau fueron a verificar si había otro cerdo atrapado en el encierro y regresaron con una presa inesperada. Una gallina de plumaje marrón y patas amarillas. Construimos para ella una jaula de mimbre y en poco tiempo tuvimos como recompensa un añorado manjar: huevos de gallina. Aunque nos resultó extraño el color pardo de las cáscaras, (a diferencia del acostumbrado color celeste de los huevos de Atlantis) el sabor era muy similar.

Tras haber incorporado los huevos, la harina de bellotas, los cangrejos, la miel, los aceites vegetales, las hierbas aromáticas, los frutos del *olibo* curados en lejía y el queso de cabra, tuvimos una variedad de alimentos satisfactoria. Casi nos acostumbrábamos a la ausencia de tomates, papas, papayas, bananas, maíz y *txocoatl*, pero aún existía un ingrediente de las comidas cuya ausencia nos resultaba intolerable. La sal.

El modo de obtenerla era muy simple, pero a la vez, sumamente difícil. Debíamos llegar a la costa para recoger agua marina y dejarla secar al sol.

Para alcanzar el mar, requeríamos embarcaciones. Las posibilidades de construir una verdadera *txalupa* eran nulas. No contábamos con cueros de grandes animales, no disponíamos de maderas adecuadas ni de las herramientas para curvarlas o hacer cortes de precisión. No teníamos brea, ni herrajes de bronce, ni algodón para tejer las velas.

Nos quedaban entonces dos opciones. Una era construir un pequeño bote con un vientre de mimbre recubierto de pieles de cerdo. En ella podría viajar una sola persona, usando un remo con palas en ambos extremos. En Atlantis eran comunes estas embarcaciones, para trasladarse en las bahías de los puertos. Sabíamos cómo fabricarlas y eran sencillas de manejar. Incluso al llegar a tierra, se podían transportar sobre los hombros, como un gigantesco sombrero. Una de ellas nos podría ser útil para pescar en el lago, o para breves excursiones. Pero no sería recomendable para el propósito de ir hasta la desembocadura del río y regresar cargando varias ánforas de agua salada.

La segunda posibilidad era una balsa de troncos. En este caso, la dificultad residía en cómo navegarla. No teníamos experiencia suficiente en manejo de balsas. No sería fácil de maniobrar como una *txalupa*, y al no contar con vela, la perspectiva de remontar el río solamente con los remos podría resultar una tarea agotadora.

El primer ensayo que hicimos resultó en un rotundo fracaso.

Simplemente unimos cuatro troncos con sogas y pusimos el conjunto a flotar en el lago. Guaire y yo subimos con los remos. En aguas calmas fue sencillo avanzar y realizar virajes, pero en cuanto salimos del lago, no pudimos gobernar la balsa y la corriente nos llevó rápidamente hacia un recodo en el que sobresalían unas rocas. Poco antes del choque nos dejamos caer al agua helada y nadamos hasta la orilla, a tiempo para observar los troncos de nuestra efímera embarcación desapareciendo río abajo.

Este revés no llegó a desalentarnos. Al contrario, nos sentimos desafiados a diseñar un barco navegable. Por algo éramos *maisyak* en Navegación y varios de nosotros también, *maisyak* en Construcción.

La brillante idea que nos puso en camino de la solución correcta provino, sorprendentemente, de Abian. El gigante propuso que los cuatro troncos de la balsa, en vez de estar unidos en un único grupo, formaran dos pares separados un par de pasos, y tender entre ambos un tablero horizontal, una rejilla hecha de tablones. Ello permitiría colocar los remos de dirección en el centro del barco.

Cinco días nos insumió cortar los árboles, pulir los tablones y ensamblar con sogas. Pero desde el instante en que botamos en el lago esta segunda balsa, empezamos a notar sus ventajas. En primer lugar, pese a que de hecho era más pesada, se comportaba en el agua como si fuera más liviana. Avanzaba a mayor velocidad y era más fácil de maniobrar. Incluso soportó el peso de cuatro de nosotros, lo cual nos enseñaba su potencial capacidad de carga.

Fue Etxekide quien propuso la segunda idea ingeniosa. Si bien no teníamos algodón para fabricar telas, podríamos implementar una vela con una tupida estera de *espartzu*.

Janequa y yo tejimos la alfombra de unos dos pasos de lado, y luego la impregnamos con resina de pino para cerrar los intersticios. Los varones trabajaron en el corte del mástil a partir de un tronco de abeto y pergeñaron el modo de trabarlo sobre la plataforma, en el centro de la balsa. Del extremo superior del mástil sujetaron la percha que serviría de sostén para la vela.

Cuando estuvo pronta, tomamos varios días para realizar pruebas de navegación. Fuimos alternándonos para realizar breves recorridos por el río, acostumbrándonos a maniobrar la vela y los remos, y realizando algunos ajustes a la percha, hasta que nos dimos por conformes.

Resolvimos que Guaire y Etxekide serían los primeros en viajar hasta el mar. Equipamos a la embarcación con cuatro remos, varias ánforas, sogas, canastos, arpones y alimentos.

Habían transcurrido treinta días del *neguberri* y sesenta más veintiséis desde el desastre.

La vela de *espartzu* empujó a la balsa hacia los confines del lago y alzamos los brazos en señal de triunfo, despidiendo a los expedicionarios.

Habíamos vuelto a navegar.



Abian golpeaba el saco repleto de frutos de *olibo* con una piedra que sólo él era capaz manejar, mientras Janequa filtraba lejía con un cedazo y Ainenfrau preparaba la habitual sopa de pescado con harina de bellotas. Pese al frío del atardecer, quise salir a caminar.

La mustela, que pasaba buena parte del día durmiendo, resolvió acompañarme en el paseo.

El animalito se distinguía por su curiosidad inagotable. Husmeaba en todos los árboles y rincones, inspeccionaba cada roca y pozo del terreno, corriendo de un lado al otro sin apartarse demasiado de mi camino. Continué avanzando sin prestarle atención, hasta que de pronto me di cuenta que no se hallaba a la vista. Me detuve a mirar alrededor, buscándolo. Oí un chillido que parecía provenir del piso y luego lo vi emergiendo de un agujero, arrastrando otro animal de mayor tamaño.

La mustela había entrado en el escondite y atrapado a un conejo gris, hundiéndole sus pequeños y afilados dientes en el cuello. Quedé asombrada cuando depositó la pieza de caza a mis pies y volvió corriendo a la madriguera. Un momento más tarde regresó trayendo un segundo conejo, más pequeño. El implacable cazador pareció darse por satisfecho y se elevó sobre sus patas traseras, enseñándome el hocico ensangrentado.

— Buen chico ! Resultaste un magnífico cazador.— Le acaricié el lomo.

Regresé a la caverna reflexionando sobre la extrañeza de haber obtenido alimento sin esfuerzo alguno. En adelante, sería sencillo atrapar a los escurridizos conejos que proliferaban en el valle. Y ello se lo debía agradecer a Suntumbaiá, el tímido joven pastor, a quien había dejado de encontrar en mis paseos por el bosque.

Qué había sido de él ? Se habría desplazado su gente a lugares distantes en búsqueda de mejores pasturas ? No volvería a verlo ?

Oscurecía y el aire empezaba a sentirse dolorosamente frío. Acomodé el gorro de piel para cubrirme las orejas y aceleré el paso.



En ausencia de Guaire y Etxekide, éramos tres mujeres y un sólo varón en la caverna.

Abian no se mostró disgustado por la excepcional situación. Janequa y yo la aprovechamos para darnos el gusto que veníamos postergando desde el entrenamiento en Lehen. Provocar al gigante con gestos, roces y palabras cariñosas, hasta que él no lo soportaba más y terminaba complaciéndonos en sus modos impetuosos.

Ainenfrau tampoco pareció sorprendida de que Abian se distrajera por nuestros juegos, quizás porque el gigante regresaba de inmediato junto a ella, desestimando las invitaciones, sutiles o explícitas, que le hicimos para que durmiera con nosotras en la cámara superior.



Cosechar miel era una de las especialidades de Abian.

Antes de acercarse a una colmena, hacía un preparación con excrementos secos de animales, que luego encendía para producir un humo espeso, pestilente. Con este

artificio trepaba al árbol llevando un cesto colgado en la espalda. Las abejas huían o quedaban atontadas por el humo y el gigante recogía una porción de miel, teniendo cuidado de no extraerla toda.

Al bajar del árbol, examinaba el color, el aroma y la viscosidad, para determinar su calidad. En algunos casos la podíamos comer de inmediato y en otros, recomendaba calentarla y pasarla por un filtro, antes de utilizarla en las comidas.

Existían otros usos de la miel de suma importancia. Variedad de infusiones, jarabes y cremas que yo había aprendido a preparar en la *Eskuela* de Medicina, para aplacar fríos o calores, calmar la tos, tratar heridas y aliviar otras enfermedades. Muchas de estas preparaciones requerían otros ingredientes que no estaban a mi alcance, pero en algunos casos se trataba de mezclas simples. En particular, una pomada que se obtenía calentando dos partes de grasa animal con una parte de miel, que tenía gran cantidad de aplicaciones, particularmente para curar heridas.

Ainenfrau fue reacia durante un tiempo a incorporar la miel como aderezo en las comidas, pero felizmente abandonó su reticencia en cuanto le dimos a probar distintos bocados. Pronto se hizo tan aficionada a incorporar miel a cualquier alimento que tuvimos que hacer lo contrario. Explicarle que era un condimento escaso y que debía ser racionado.

Pese a que su cuerpo engrosaba visiblemente por el embarazo, la mujer del hielo no perdía su agilidad ni su afición por trepar árboles y paredes rocosas. Salía por las mañanas en busca de hierbas, frutas o semillas, las que invariablemente molía sobre la concavidad de una roca en el patio de entrada por las tardes.

No hallamos la forma de persuadirla que, en su estado, era riesgoso subirse a los árboles o escalar peñascos.

Janequa y yo comentamos dudas acerca de lo que la mujer peluda era capaz de entender, o si en algunos casos fingía no poder hacerlo.



Desde la cima de la montaña el panorama era espléndido.

Gran número de águilas y buitres surcaban el cielo, deslizándose en el aire sin mover sus alas, apenas girando sus cabezas para observar cada punto del rocoso terreno.

Al sur, alcanzaba a verse la extensión azul del Lubarnea y en el horizonte, los formidables macizos del continente de Libia.

Al este, hacia el interior de Euriopa, la cordillera parecía no tener fin, en una sucesión interminable de cumbres rocosas, algunas nevadas, alternadas con valles quemados de vegetación incipiente.

En la lejanía al oeste, la zona de dunas en la que previo al desastre se unían los afluentes del Tartessos, ahora reducida a una estrecha franja, que daba lugar al valle que llegaba hasta nosotros. Podía adivinarse el trazado del río que comunicaba nuestro lago cercano con el mar, por donde Guaire y Etxekide habían descendido en la balsa cuatro días atrás. Escudriñé los tramos visibles del río, deseando divisar la vela de *espartzu*, pero sin suerte.

Al norte, una cantidad de montañas y colinas sobre el extenso territorio que descendía hacia el valle del Guadaki-ibai. En esta dirección se veían más árboles, restos de bosques que, inexplicablemente, habían subsistido a todos los desastres.

Al noreste, me pareció ver una columna de humo. Observé un rato para cerciorarme. Serían los pastores ? Quise averiguarlo.

Les había dicho a Janequa y Abian que iría a lo alto de la montaña buscando señales del regreso de los varones. Evalué las posibilidades. Si descendía hacia donde provenía el humo, cuánto tiempo me llevaría regresar ? Podría ser difícil hallar el camino a la caverna si, al caer la noche, me encontraba del otro lado de la montaña.

Resolví tomar el riesgo. Inicé el descenso, deteniéndome cada treinta pasos para quebrar una rama e indicar con ella el camino.

Avanzada la tarde había llegado al valle y me encontraba a una carrera del asentamiento de los pastores. Pude acercarme sin ser vista hasta unos dos campos de distancia. Bajo los toldos, los nativos desgranaban espigas sobre rústicos recipientes de barro. Unas quince ovejas pastaban en los alrededores. Me llevó un rato determinar si se trataba de los mismos pastores de la vez anterior. Recién cuando una niña pasó corriendo tras un cordero, despejé mis dudas. Había visto antes a esa niña de graciosas trenzas. Era la que se había asustado de mi aspecto durante la malograda representación.

Suntumbaiá debería estar cerca.

Entonces lo distinguí, trasladando una de las pesadas tinas. No podía hacerle saber de mi presencia sin que los demás pastores se enteraran. Permanecí agazapada, intentando comprender sus actividades. En vez de moler las semillas, las sumergían en agua. O las calentaban revolviendo con un palo, y luego las escurrían y volvían a exponer al fuego. Una mujer arrojaba vísceras de pato en una olla de barro y las cocinaba agregando hierbas. La niña de trenzas arreaba las ovejas con una vara, agrupándolas en un cobertizo. Todos trabajaban con cierto apuro, colaborando ordenadamente, sin necesidad de consignas.

Empezaba a oscurecer. Janequa y Abian se extrañarían de mi demora. El frío penetraba por mis pies, entumeciéndolos. Sigilosamente fui acercándome a los toldos. Di un rodeo para ubicarme detrás del cobertizo de las ovejas. Allí aguardé pacientemente, mientras los pastores se reunían a compartir la cena.

La ocasión se presentó más tarde, cuando mi admirador se apartó del grupo acercándose a escasos pasos del cobertizo que me servía de escondite.

— Suntumbaiá.— Susurré.

Él se puso rígido y miró alrededor. Volví a llamarlo por su nombre, asomando mi cabeza por encima de una pila de pasto. Se sorprendió al descubrirme y vino hacia mí sonriente.

— Zeita Itahisa !

Puse mis dedos en su boca para que guardara silencio. Tomándole la mano lo arrastré al interior del cobertizo. Allí, amparados en la penumbra, empezamos a besarnos. Sus manos palparon mis nalgas, mientras yo sucumbía a los sabores de sus labios. Sin

demoras, procedí a desanudar el *txaleko* explorando la firmeza de los músculos del torso. Iba a quitarme el abrigo de piel que me cubría de pies a cabeza, cuando oí un ruido. Pese a la oscuridad, pude ver a la niña de trenzas que nos espiaba desde la entrada con expresión de asombro. Miré a Suntumbaiá, dudando si continuar o abandonar la escena. Él le dirigió unas palabras, que hicieron que ella quedara paralizada, abriendo la boca sin emitir sonido.

La situación era absurda, inconveniente, incómoda. Pero lejos de inhibirme, me excitó aun más. Empujé al pastor para tenderlo sobre los fardos de pasto. Terminé de desvestirme y me monté sobre él. Con mi mano tomé el robusto *zakil* y lo conduje a mi canal, que desbordaba de deseo. Él acarició mis pechos mientras yo balanceaba mi vientre para gozar la penetración. Nos fundimos en breves, frenéticos abrazos, gimiendo nuestro placer, hasta que su rápida explosión sacudió mi cuerpo en efímeras olas de calor. Reconfortada, besé una vez más su tierno rostro y a toda prisa volví a abrigarme con las pieles de lobo.

Al salir corriendo del cobertizo, pasé por donde aún estaba la niña, que retrocedió espantada. Continué mi carrera sin detenerme, tropezando con piedras y ramas, escalando hasta la cima de la montaña. Afortunadamente había luz de luna suficiente para hallar las señales del camino.

Era cerca de medianoche cuando llegué a la caverna, jadeando.



Guaire y Etxekide regresaron el día siguiente.

Un golpe contra una roca había sido la causa del retraso. El par de troncos de la *eskuona* se había torcido, rompiendo parte del piso de tablones. Por lo que habían tenido que amarrar la balsa y dedicar una jornada a las reparaciones.

A pesar de este incidente menor, la excursión había sido exitosa. Los varones trajeron una buena provisión de sal cosechada en las orillas de un pantano, además de un canasto de mejillones, varios trozos de grasa de ballena y hasta un pulpo que habían "pescado" accidentalmente, al dejar una cesta sumergida en el mar durante la noche.

La balsa había cumplido la prueba de recorrer el río y también se había comportado aceptablemente bien incursionando en mar poco profundo. La playa ya no era la que habíamos conocido, sino otra más orientada al suroeste, atestada de ballenas y peces en descomposición.

En el trayecto, de ida y de vuelta, no habían detectado señal alguna de presencia humana. Con excepción de las abundantes aves de carroña, tampoco habían visto animales en las cercanías de la costa.

Etxekide manifestó su entusiasmo por emprender una excursión más ambiciosa. Postulaba que, yendo nuevamente al mar y recorriendo la costa hacia el sur hasta internarnos en el Lubarnea, encontraríamos la boca de un río que podríamos remontar hasta un punto muy próximo a la caverna.

Tal expedición implicaba recursos y tiempos difíciles de afrontar. Demandaba construir otra balsa, equiparla, y eventualmente abandonar la caverna. O bien dejar a Ainenfrau y Abian solos durante varios días.

También conjeturamos sobre la posibilidades de viajar en balsa hasta la Grosejule. Un posible trayecto sería por mar, buscando la boca de los ríos teñidos de amarillo. Y el otro camino sería exclusivamente fluvial, navegando por los afluentes del Guadaki-ibai.

Si esto resultara practicable, tendríamos una vía de transporte entre ambas cavernas, que podría reducir el viaje de cuatro a dos jornadas. No sólo para personas sino también para cargas. De este modo, sería posible intercambiar alimentos y otros productos con la caverna del norte.

En los siguientes días iniciamos la fabricación de una segunda balsa y de una pequeña embarcación de mimbre para dos personas.

Al mismo tiempo, en el bosque donde habíamos dispuesto el encierro para cerdos, elegimos cuidadosamente varias ramas de los árboles que llamábamos *arte* para ser curvadas. Con varias sogas tensadas en distintos puntos del propio árbol, forzamos las ramas para que, sin cortarlas, fueran adaptándose a las curvaturas convenientes para servir más adelante como costillas de una verdadera *txalupa*.



Realizamos otras excursiones a pie, alejándonos en distintas direcciones.

Nuestro propósito era descubrir los puntos en los que arroyos y ríos empezaban a ser navegables y seguir sus cursos, recogiendo datos para completar los mapas.

Denominamos "temporada de molienda" (en atlanteano Guada-alete), a nuestro afluente del Tartessos, el que comunicaba el lago cercano con el mar. Y "temporada de siega" (en atlanteano "Guadi-aro") al río que corría más al sur, desembocando en el Lubarnea.

Llamamos "Algamisto" (forraje recio) al más importante de los afluentes del Guadaki-ibai, que se originaba en las montañas que teníamos al este. Por último dimos el nombre de "Arrokatsu" al pequeño arroyo de rápidas corrientes en el que habíamos encontrado a Guadarteme.

Nos propusimos ensayar las dos posibles vías para llegar a la caverna del norte.

La marítima, que implicaba ir hasta la playa por el Guada-alete, navegar por la costa hasta la boca de los ríos teñidos y subir por uno de ellos, como lo habían hecho nuestros amigos previo al desastre.

La vía fluvial consistía en bajar por el Algamisto hasta el Guadaki-ibai, allí tomar el gran río hasta encontrar la desembocadura del Arrokatsu y remontarlo hasta donde fuera navegable, en algún punto de las montañas del norte, lo más cercano posible a la Grosejule.

En diez días tuvimos pronto el pequeño bote de mimbre. Forramos el armazón con cueros de cerdo curados al sol e impregnados de resina de pinos.

Probamos su flotación en el lago y lo transportamos sobre los hombros hasta las nacientes del Algamisto, que distaban unas cinco carreras de la caverna.

Guaire y Abian nos escoltaron por la ribera en los tramos iniciales, hasta que estuvimos seguros que la liviana embarcación era maniobrable con los remos, tanto a favor como en contra de la corriente. Entonces regresaron, y Etxekide y yo iniciamos el descenso del río, en dirección al gran valle.

El trayecto hasta el Guadaki-ibai fue más largo de lo que habíamos previsto.

Durante el viaje aplicamos el procedimiento de registro que se nos había enseñado en el entrenamiento, que consistía en hacer marcas en el mapa principal, refiriendo a otros mapas secundarios. En estos últimos incluimos las descripciones detalladas de cada lugar y adjuntamos muestras de la vegetación que nos resultaba desconocida.

Al mediodía pasamos junto a un asentamiento de pastores. No nos detuvimos a tomar contacto con ellos, pero nos pareció que no era el mismo grupo con el que habíamos hecho la farsa de intercambio. No hallamos una explicación convincente acerca de cómo estos grupos de pastores habían sobrevivido a los desastres.

Nos insumió una jornada llegar hasta el gran río. Desembarcamos para encender un fuego y cocinar pescado. Utilizamos el mismo bote invertido como cobijo para pasar la noche.

Al día siguiente descendimos hasta localizar la boca del Arrokatu, donde almorzamos antes de iniciar el regreso, corriente arriba, por el Guadaki-ibai. Ocupamos la tarde explorando un tramo superior del río, más al este.

El viaje nos dio muchas oportunidades para hablar aunque la mayoría de las conversaciones refirieron al comportamiento del bote y a los lugares que estábamos explorando. Ni Etxekide ni yo quisimos expresar con palabras el pesar que se alojaba en nuestros pechos, la tristeza por la pérdida de nuestras familias y amigos en Atlantis, y la angustia por la suerte de Sutziake. Nos bastaba con leernos el dolor en las miradas y procurábamos animarnos con preocupaciones más triviales.

La tercera jornada regresamos por el Algamisto hacia el sur, finalizando la expedición.

Con la información relevada pudimos completar el mapa de los cursos de ríos y arroyos de los territorios aledaños a las dos cavernas.



Los días eran cada vez más cortos y fríos. Esto restringía las actividades que podían realizarse al aire libre y nos obligaba a realizar acopio de leña y semillas, grasa y aceites. Utilizamos la sal recogida en la costa marítima para elaborar *txarki* de pescado, de conejo y de cerdo.

Fabricamos ladrillos con los que hicimos un muro donde antes había una empalizada. Asimismo, en la misma entrada de la caverna levantamos otra pared, a la que adosamos un portón de tablones, para protegernos del aire helado de las noches. Del lado interno, con piedras y ladrillos construimos un horno para cocinar, con chimenea hacia el exterior.

Siguiendo el ejemplo de los pastores, cosechamos las espigas de una planta que crecía en los valles del Algamisto y del Guadaki-ibai. Sumergimos aquellos granos en agua durante varios días, hasta dar comienzo la germinación, un procedimiento similar al que se hacía en Atlantis con el maíz. Cocimos finalmente la malta para obtener una

cerveza espesa, turbia, extremadamente amarga. Fuimos ensayando distintas hierbas para mejorar la preparación hasta que obtuvimos una receta que nos dejó conformes.

Otro aprovechamiento de esos granos fue tostarlos y molerlos. En un cuenco de piedra se sometían al fuego durante largo tiempo revolviendo constantemente para que no se quemaran. Luego dejábamos enfriar y machacábamos hasta obtener una harina oscura, de buen sabor, que llamamos *gofio*.

De los pastores, también, tomamos la idea de cocinar vísceras de pato con hierbas aromáticas, de lo que se obtenía una pasta muy sabrosa, que se conservaba varios días sin echarse a perder.



La segunda balsa de troncos estuvo pronta a mediados del *neguberri*.

Ésta era un poco mayor que la primera, con superior capacidad de carga. La vela de *espartzu* de tres pasos de lado, compensaba la pesadez de la embarcación y la hacía igualmente rápida en presencia de viento.

Guaire, Janequa, Etxekide y yo hicimos una primera excursión con ambas balsas, descendiendo el Guada-alete en una sola jornada.

El trayecto me resultó irreconocible. La naturaleza se había trastocado de un modo drástico tras la sucesión de catástrofes. Donde antes había bosques, el paisaje era árido, donde antes había una extenso mar de dunas, ahora estaba el verdadero mar de agua salada.

Fue maravilloso el momento en que volví a sentir el balanceo de las olas, en un breve paseo sin alejarnos demasiado de la costa.

Por la tarde cargamos las embarcaciones tanto como pudimos con sal de las orillas y ladrillos de grasa de las ballenas muertas en la playa.

Al tercer día, remontamos el río con viento favorable, por lo que pudimos llegar al lago al anochecer y compartir la cena con Abian y Ainenfrau, deleitándonos con los mejillones que habíamos cosechado.



Los días siguientes nos aprontamos a realizar el viaje circular, que consistía en descender el Guada-alete y realizar el trayecto por mar hasta el Atlater, el estrecho que comunica el Mar de Atlantis con el Mar de Lubarnea.

Así lo hicimos. Partimos desde el lago, nuevamente descendiendo el serpenteante Guada-alete hasta su desembocadura. Allí exploramos zonas inundadas en la que abundaban las aves. La costa se recortaba en formas extrañas, alternando puntas rocosas, bahías y playas atestadas de cadáveres de ballenas. En una de estas playas atracamos las balsas y encendimos el fuego para pasar la noche.

La segunda jornada navegamos en dirección sureste. Las balsas no se comportaban muy bien entre las olas, aun cuando el mar estaba relativamente calmo. La costa era una sucesión de largas playas, delimitadas por breves tramos de acantilados. Al

atardecer desembarcamos en una hermosa playa de arenas blancas, en la que nos instalamos a descansar la segunda noche.

Una mañana fría, ventosa, parcialmente soleada, ingresamos finalmente en aguas del Lubarnea. Casi una estación más tarde de lo previsto en nuestra expedición de *hamazortzi*.

En el mapa que Ferinto nos había enseñado durante el entrenamiento, el estrecho de Atlater figuraba como un angosto pasaje de un par de carreras de ancho y una extensión de casi una jornada en su largo. Pero lo que encontramos fue algo totalmente distinto.

Entre las escarpadas costas de Euriopa y de Libia había entre cinco y ocho carreras de distancia, con fuertes corrientes que nos hicieron difícil la navegación. Rápidamente el Lubarnea empezaba a ensancharse. Del lado de Euriopa, encontramos una enorme bahía que no figuraba en el mapa, delimitada en uno de sus extremos por un alto macizo rocoso. Pasamos frente a él al mediodía y continuamos bordeando la costa montañosa, alternada con playas de arenas oscuras.

Poco más tarde avistamos la desembocadura de un río. Tras deliberar un momento, decidimos adentrarnos en él. Etxekide estaba confiado que aquel ancho cauce tenía sus nacientes en las montañas cercanas a la caverna y no era otro que el llamado "temporada de siega", el Guadi-aro. No tuvimos inconvenientes en remontarlo porque la corriente era moderada y nuestras velas de *espartzu* podían aprovechar la fresca brisa vespertina. El paisaje de las riberas era disfrutable, ondulado y de escasa vegetación, predominando los árboles carbonizados que comenzaban a retoñar.

Al llegar a una bifurcación nos detuvimos. No sólo para resolver qué dirección tomar, sino también para calmar el hambre. Resolvimos seguir la rama de la *eskuerra*, que parecía provenir más directamente de las montañas que teníamos al norte. A poco de retomar el ascenso, el río se fue haciendo más angosto y la corriente adversa más intensa. De modo que debimos amarrar las balsas. Empezaba a oscurecer, y en breve, el frío sería insoportable.

Etxekide nos aseguró que nos hallábamos muy cerca de la caverna. Cargando los bultos sobre nuestras espaldas, comenzamos a escalar la montaña a pie, acompañando el curso del mismo arroyo que antes habíamos navegado. Un rato más tarde, al tomar un recodo del camino, Etxekide levantó los brazos con un grito triunfal.

El valle que se presentaba frente a nuestros ojos era bien conocido. Estábamos a un par de carreras de nuestra caverna. Habíamos completado el periplo en tres jornadas.



Del techo se desprenden dedos. Curiosas prolongaciones marrones, apéndices rugosos de piedra, cuyas sombras oscilan sobre mi cabeza, como si flotaran. Al reflejo del fuego, esas extrañas formaciones de la bóveda de la cámara superior, parecen medusas, una multitud de medusas vivas, acompasando sus danzas a los vaivenes de la penumbra.

Etxekide duerme a mi lado.

Mañana será mi cumpleaños de diecinueve. Mi cabeza no quiere descansar.

Memorias de cuando fui *hamabineska*, en mi ciudad natal, en Bosteko. Los objetos de bronce que me obsequiaron mis queridos tíos Ahar y Txoim. Las joyas que me regalaron mi madre y mi abuela. Los vestidos y las sandalias nuevas. El día que dejé ser una niña para convertirme en una mujer adulta.

La angustia de Hagora al percibir la inminencia de la partida, el inaplazable momento de la adopción. Mis intentos por tranquilizarla, por disolver sus preocupaciones augurando un feliz desembarco en Sexta, prometiendo acompañarla en todo momento. Vaticinando una entrada triunfal y un futuro dichoso en nuestra ciudad adoptiva.

Promesas que no fui capaz de cumplir. Circunstancias desafortunadas, sucesos que no se dieron, desgracias irreparables. Mi amiga Hagora y su bebé de pecho, la adorable Sibissa. Cuánto desearía volverlas a ver ! Cuánto disfrutaría poder abrazarlas otra vez, aunque fuera por un momento.

Abajo, las cabras están haciendo ruido. Guaire ha decidido que es tiempo de volver a ordeñar a Gorkara.

Trece nueces. Trece deseos. Mi *etxea* en construcción. Los tablones del techo recién colocados y una inauguración anticipada, ficticia. Trece nueces para mis trece años.

Ser amada por Zebensui. Fui amada por Zebensui. De qué modo ! Hasta extremos insoportables. Hasta que se hizo insostenible para él y para mí.

Terminar mi casa y poder inaugurarla con mi madre de vientre y mis hermanos. Cuánto costó ! Cuánto esfuerzo, cuántas frustraciones y decepciones ! Adversidades que hicieron más gozoso el momento en que el deseo se hizo realidad.

Mi querida amiga Sutziake. En quien encontré la comprensión y la sintonía que necesitaba de una amiga. La intimidad que no había podido tener con Hagora. Con Sutziake habíamos tenido una buena conexión desde el momento mismo que nos conocimos, al llegar a Sexta. Como cuando nos abrazamos y bailamos hasta caer rendidas en la Ceremonia de Iniciación, aquella inolvidable noche de Egu en el bosque. Cuando sellamos con un beso en la boca nuestro acuerdo para compartir los amantes. Mi deseo había sido contar siempre con su cariño y su complicidad. Dónde estaba ahora mi amiga Sutziake ? Por qué la sentía vibrando en mi pecho ? Por qué no la soñaba Gloriosa, reunida con las Diosas ? Qué habría sido del barco seis ?

Un deseo recientemente cumplido, volver a ver a Txanona. Con un sabor amargo. El contraste entre la felicidad del reencuentro en Islas Castigadas, con el desencuentro actual entre las dos comunidades de sobrevivientes.

Ver el triunfo del Círculo en Sexta. Cuántas cosas debieron suceder antes que mi deseo se cumpliera, cuatro años después ! Qué largo camino hasta aquella noche de euforia, de felicidad colectiva y también de persecuciones, de lágrimas y gritos.

Otra de las trece nueces, Etxekide. Un deseo incuestionablemente cumplido. Etxekide continuaba siendo el compañero de todos mis días. En todas las vicisitudes, alegrías y horrores de mi existencia.

En esta caverna, los murciélagos chillan por la noche, revoloteando entre los groseros apéndices de las medusas.

En mi *etxea* de la colina de Sexta no había molestos murciélagos.

La divina Bentaga en mi cama. Los rizos cayendo desordenados sobre el amplio escote de la *brusa* color crema. Bebiendo sorbos de la infusión caliente con miel. Los ojos verdes perdidos en la pared, en su típica pose reflexiva, al tiempo que su mano dibujaba el aire el ademán de algo que está por caer: "Los cambios, querida Itahisa, maduran como las frutas".

Los preparativos para el primer Congreso del Círculo en Sexta. Mi cumpleaños de catorce. La expectativa creciendo entre las sacerdotisas opositoras y el temor incipiente en las huestes de Guaxara. "Hay que imaginarlo primero y luego salir a buscar apoyos, hasta obtener la fuerza suficiente, hasta lograr una coalición tan poderosa que sea inexorable. Para ello, estimada Itahisa, deben estar claros los objetivos. No es necesario estar de acuerdo en todo, solamente en lo que queremos cambiar".

La calma de Bentaga para estudiar las dificultades, su serenidad para descomponer grandes problemas en un conjunto de dilemas sencillos. Cuánto quisiera tenerla a mi lado para compartir mis preocupaciones ! Para exponer mis angustias a su ternura, para esclarecer mis confusiones con la sabiduría de sus palabras.

Etxekide gira sobre su costado en un resoplido. Su *esku-ona* se apoya en mi espalda, descendiendo en una involuntaria caricia.

Mi celebración de los quince había coincidido con las graduaciones en Cultivo y Construcción. La disposición excepcional de Dafra y Ameqran ayudándome a preparar la fiesta en la colina. El orgullo al lucir las insignias de las *Maisutzak*, las cintas de colores correspondientes a las dos Ciencias que habíamos estudiado durante tres años. Y el entusiasmo anticipado por el inminente ingreso a Medicina y a Navegación.

Mi intención al regreso de la expedición al Lubarnea había sido ingresar a las *eskuelak* de Historia y de Minería. Pero todo había cambiado. No volveríamos a Atlantis. Cómo haríamos para continuar los estudios ? En la caverna del norte había *maisusak* de las Doce Ciencias, pero yo no estaba dispuesta a ir a aprender a la Grosejule. No mientras se sostuvieran las diferencias con Txanona. Mis opciones quedaban reducidas a cursar Astronomía con Etxekide, Alimentación con Janequa, Pesca con Guaire o Caza y Recolección con Abian. Por otra parte me hallaba en dificultades para enseñar Medicina, en caso que alguien lo demandara. Cómo preparar las recetas sin disponer de los ingredientes ?

La mustela es un animal nocturno. Durante el día se pasa durmiendo, pero al anochecer sale a inspeccionar todos los huecos y rincones, a olfatear los canastos en busca de restos de comida, trepando a los improvisados anaqueles a indagar entre ropas y equipajes.

Siempre que íbamos a Hiru, nos alojábamos en la *etxea* materna de Iratxe, una construcción antigua de piedra, próxima a un barranco, sobre la costa. A través de las ventanas podía disfrutarse el panorama inacabable del mar azul-verdoso

y el tránsito de las embarcaciones llegando al puerto. En aquella ocasión la madre y los hermanos de Iratxe habían viajado a Lau, por lo que teníamos la *etxea* a nuestra disposición.

Cuatro amigas, celebrando mi cumpleaños de dieciséis. Por la tarde estuvimos en la playa, donde un grupo de jóvenes estudiantes de Navegación hacían música y danzaban alrededor del fuego. Iratxe y Oihane intentaron persuadirnos de saltar al mar desde lo alto del barranco como lo hacían los clavadistas, pero Sutziake y yo no tuvimos el valor de intentarlo. Nos resultó más divertido ser espectadoras de las zambullidas de los varones, y regodearnos con los aciertos y fracasos de sus piruetas en el aire.

A la puesta del sol invitamos a los muchachos a subir a la casa, pues empezaba a hacer frío en la playa. Encendimos el fuego del hogar y preparamos la cena. Después de comer, bailamos al son de la música de Hiru, los típicos ritmos sensuales, deliciosos, de la Isla Secundaria de Atlantis.

Oihane e Iratxe no podían ofrecerse a los varones, porque pesaba sobre ellas la prohibición que inhabilita a las mujeres atlanteanas a tomar amantes en su ciudad materna. Pero hicieron su propia interpretación de la norma, asumiendo como válidos los mínimos cuidados correspondientes a los días fértiles. No se inhibieron de disfrutar en sus bocas de los *zakilak* prohibidos, ni del goce de ser lamidas por los ardorosos estudiantes. Sutziake y yo no tuvimos restricción alguna para complacernos con la desbordante energía masculina de aquellos *txiki*, a quienes nunca volvimos a ver.

No entiendo cómo Abian puede dormir al lado de Ainenfrau. La mujer peluda no sólo huele mal, pese a todos nuestros intentos por bañarla con crema de lejía, sino que ronca de una forma inconcebible. Será a causa del dilatado tamaño de su nariz ? No deja de asombrarme el modo súbito con el que el gigante ha reemplazado su pasión por Nira, una hermosa, delicada y elegante mujer de Lehen, por el vínculo incondicional con esta repulsiva y tosca troglodita, nativa de Euriopa.

Él me esperaba, sonriente, a medianoche, bajo las palmeras de la playa de Sexta. Nos unimos en un abrazo interminable, nos amamos con vehemencia. En sus brazos mi cuerpo flotaba en el aire, se aligeraba hasta la pura levedad del placer.

Zebensui ya se encontraba en problemas aquella noche que cumplí diecisiete. Los días de Guaxara como Alta Sacerdotisa estaban contados. Pero ella no aceptaría resignarse a la derrota. El plan ya había sido urdido. Los *ukatuak* iniciarían una rebelión, paralizando la producción de cobre, lo que provocaría una sucesión de trastornos a Ciudad Sexta, desestabilizando desde el primer momento al eventual gobierno del Círculo.

Zebensui era parte del plan, aunque nunca me lo dijo. Pero supe leer en su rostro la preocupación por lo que estaba por ocurrir. No me fue difícil adivinar que algo se estaba tramando en el Club de la Serpiente.

A partir de ese momento, me vi envuelta en una situación excesivamente tensa. Debí prevenir a mi madre Haridian que en la mina de cobre podía tejerse una conspiración. Y a la vez advertir a mi amante clandestino que se hallaba bajo sospecha, poniendo extremas precauciones para evitar que las suspicacias de uno u otro bando terminaran acusándome.

El devenir de los acontecimientos no fue tan calamitoso como pudo haber sido. La Alta Sacerdotisa Anixua enfrentó la tormenta como una experta navegante manejando el remo de dirección. La revuelta de los *ukatuak* no llegó a detener la extracción del cobre. Y Zebensui recibió una benigna condena de vigilancia.

Anixua y Zebensui volvieron a verse, tras cruzar la Puerta. Se han reunido con los Dioses y desde allí me susurran mensajes que, en general, no logro comprender.

Falta poco para Elkar. Las noches son cada vez más frías, aun dentro de la caverna. El fuego que entibia la cámara superior, en la que duermo desde los días de la nieve, está por apagarse. Siento los pies helados. Venciendo la pereza me arrastro hasta la pila de leña, elijo un tronco y lo hago rodar hacia la hoguera.

Nunca tuve una fiesta comparable a la de aquella noche en Zazpir. Casi no habíamos dormido durante la noche en la que los *Maisuak* rompieron las costillas de la *txalupa*, para forzarnos a realizar la reparación en pleno oleaje, a medio trayecto entre Lehen y Zazpir.

Al llegar a puerto estábamos felices de haber superado la difícil prueba, eufóricas por el logro alcanzado. Sutziake cayó rendida en la cama del dormitorio de la *Eskuela*. No quiso despertarse cuando vino Naga a buscarnos, para salir a disfrutar la noche. De modo que la dejé durmiendo y caminé con Naga hasta el bullicioso centro de la ciudad.

Cuando nos sentamos en una de las mesas, le hice saber que además de la *Maisutza*, estaba festejando mi cumpleaños de dieciocho. Él insistió en que la circunstancia merecía una fiesta. "A quiénes invitamos?" me preguntó, haciéndome reír de sus ademanes ostentosos. "A tus amigos", respondí divertida, sin pensarlo demasiado.

Naga se levantó de inmediato y fue a hablar con un grupo que ocupaba una mesa próxima. Al rato regresó con un ánfora de licor de caña y *txocoatl*. Fuimos hasta una casa cercana. Me acomodé en uno de los suntuosos sillones dispuestos en arco frente a la chimenea, a beber sorbos del líquido ardiente, mientras Naga alimentaba el fuego.

Al rato, empezaron a llegar los amigos. A algunos los había visto en ocasiones anteriores y otros me resultaron desconocidos. Navegantes y mineros en sus días de descanso, que alegremente brindaban a mi salud, felices de acompañarme en el doble festejo. Entendí que Naga sólo había invitado a sus amigos varones. Se lo reproché jocosamente, para hacerle saber lo contrario. Mi agradecimiento por la singular ocasión que se me presentaba. Un inusual regalo de cumpleaños. Una fiesta en la que yo era la única mujer entre una veintena de hombres.

Durante un rato se limitaron a festejarme, a hacer comentarios graciosos e insinuaciones sutiles, que agradecí divertida, devolviendo los halagos. Mis actitudes los animaron a ser más atrevidos, a tomarme de la cintura, o a tocarme con cualquier ridículo pretexto. Con el licor en la mano, alterné entre los grupos, regalando besos, otorgando un instante de atención a cada uno. En uno de los asientos, los gentiles sujetos que tenía a mi lado, posaron sus manos sobre mis rodillas, acariciando inadvertidamente el contorno de mis piernas por debajo de la falda. Me recliné a disfrutar sus agasajos al tiempo que otro de los

desconocidos asistentes a mi cumpleaños jugaba con mi cabello y un cuarto besaba mi cuello con fascinante desenfado.

Mi *brusa* fue desanudada y mi falda levantada hasta la cintura. Me entregué gustosa a la proliferación de cortesías masculinas. Manos que jugaban con mis pechos. Bocas que subían por mis piernas. Pronto tuve un par de vigorosos *zakilak* acosando mis labios. Lenguas incursionando en mi flor. Uno de los mineros me elevó de las caderas, llevándome a su premura. Grité mi placer al sentirlo dentro de mí. Siguiéron otros. Una sucesión de embestidas, una escalada de espasmos, que retribuí con alaridos cada vez más fuertes. Fui ingresando en un estado desconocido de embriaguez, de extraordinario delirio. Nunca había experimentado aquel deseo tan desenfrenado, que en vez de satisfacerse, se incrementaba con la sucesión de amantes.

Continué pidiendo más y más. No sé por cuánto tiempo. En algún momento debo haberme desmayado de tanto cansancio y deleite acumulado.

Mañana será mi cumpleaños de diecinueve. Mi cabeza no quiere descansar y deambula por recuerdos.

Mis dedos juegan en el entorno de mi flor, anhelando un alivio que finalmente me permita dormir.



Todos quedaron sorprendidos cuando me vieron llegar con Suntumbaiá. Empezando por el propio muchacho, a quien fui a buscar del otro lado de la montaña y prácticamente arrastré hasta la caverna.

Él se mostró temeroso cuando hice las presentaciones.

— Éste es mi amigo pastor, se llama Suntumbaiá. Suntumbaiá, estos son mis amigos, Guaire, Etxekide, Janequa, Ainenfrau y Abian.

— Abian.— Murmuró el joven, admirado ante la talla del gigante.

Mis compañeros me miraban con asombro. Fui escueta en la explicación.

— Invité a Suntumbaiá a mi cumpleaños. Cenará con nosotros.

Janequa fue la primera en reaccionar.

— Bienvenido Suntumbaiá.— Saludó, extendiéndole las manos.

El pastor aceptó con precaución el gesto amistoso de Janequa y los que siguieron, al tiempo que observaba alrededor una cantidad de objetos que le resultaban difíciles de calificar.

— Se quedará a dormir ?

— No lo sé, Guaire. No le será sencillo regresar a su aldea por la noche.

— Muy interesante tu nuevo amigo.— Comentó Janequa.

Me reí de su expresión socarrona.

— Coincidimos en el juicio, querida amiga.

— Hay que saber apreciar las bellezas nativas de este Continente.— Agregó ella, pretendiendo seriedad.

Etxekide sabía de mis encuentros anteriores con el pastor y por tanto era el menos sorprendido por la visita.

— Cuántas ovejas recibiremos si lo adoptamos ? — Preguntó con sorna.

— No tenía esa intención, mi amor, pero si tú lo propones voy a considerarlo.



Durante los últimos días del *neguberry*, las visitas de Suntumbaiá se hicieron frecuentes. Varias veces lo invité a quedarse a dormir, cediendo a Janequa la ocasión de pasar la noche con Guaire y Etxekide. El joven pastor incluso nos acompañó al lago, animándose a subir a las balsas y aprendiendo técnicas de pesca. A cambio de un cordero o un cabrito, le dimos cestos de alimentos para que llevara a su aldea, con lo que nuestro rebaño fue creciendo hasta llegar a una docena de animales, previo a la Fiesta de Elkar.



El cambio de estación estuvo marcado por las ásperas desavenencias entre las dos cavernas. Guadarteme y Oihane vinieron en los días previos encomendados por Txanona para que todos, obviamente con excepción de Ainenfrau, asistiéramos a la ceremonia que tendría lugar en la Grosejule. Los emisarios nuevamente regresaron con nuestra rotunda negativa a la propuesta, llevando en contrapartida un inventario de posibles intercambios de productos.



La comunidad de la Caverna del Sur pidió fuerzas a Elkar para afrontar el *negu*.

Quise que Janequa dirigiera la celebración.

Nos reunimos en ronda en el patio de entrada, a recordar a nuestros muertos, a nuestras familias de vientre y a nuestros *klanak* de adopción. A pedirles inspiración y sabiduría para los difíciles tiempos que estaban por venir.

La historia de Itahisa continúa en:

Parte Ocho, Reparación Segundo Movimiento, Negu

<http://itahisa.info/about/parte-ocho/negu/>